

Misterios y amistad

El rellano del primer piso de la casa de Bob estaba sumido en una penumbra mayor que la de la planta baja, una luz grisácea y casi fúnebre que se colaba por las cortinas corridas de alguna ventana lejana, alargando las sombras hasta convertirlas en apéndices monstruosos de los muebles. La puerta del despacho de Robert, el padre de Bob, estaba cerrada; la de su dormitorio, también. La de Stacy, la hermana de Bob, permanecía entornada, como siempre, una nota de normalidad discordante en la creciente sinfonía de extrañeza que nos envolvía. Y entonces, al final del pasillo, la puerta del cuarto de invitados - esa habitación que casi nunca usaban, un limbo de cajas y trastos viejos que la madre de Bob siempre prometía organizar «algún día»- estaba ligeramente abierta. Solo una rendija, no más ancha que mi mano, pero suficiente. Suficiente para que una línea de oscuridad más intensa, una negrura casi palpable, se dibujara sobre la alfombra raída del pasillo.

Y desde esa rendija, ahora que el eco brutal del estruendo se había disipado y el silencio opresivo había regresado con una fuerza renovada, creí percibir algo más. Un sonido muy leve, casi imperceptible, un susurro en el umbral mismo de la audición. Un susurro apagado, o quizás... un roce suave, rítmico, como si algo -o alguien- se moviera con un sigilo calculado al otro lado de esa puerta, esperando, escuchando, acechando.

Nos detuvimos en seco, a varios metros de la puerta, el aire escapándose de mis pulmones en un silbido ahogado que temí pudiera delatar nuestra presencia. Bob me agarró del brazo, sus dedos clavándose con una fuerza que me sorprendió, reflejo de la tensión que nos consumía. El miedo, que había disminuido momentáneamente con la aparente normalidad de la planta baja, volvió con una virulencia inesperada, un nudo helado en el estómago que amenazaba con paralizarme por completo.

Mis pensamientos se arremolinaron, caóticos. El estruendo inicial, ese golpe seco y brutal que había hecho vibrar los cimientos de la casa, había sido alarmante por su violencia. Pero este nuevo sonido, este roce rítmico y sigiloso, era de una naturaleza distinta, más insidiosa. Un golpe puede ser un accidente, un objeto que cae. Pero un susurro rítmico, un roce calculado... eso implicaba una presencia, una actividad deliberada, quizás incluso una inteligencia oculta. Recordé las investigaciones de Terry sobre los «ruidos sin importancia», cómo un simple tintineo de cuchara podía desencadenar reacciones complejas. Este sonido, aunque leve, no tenía nada de insignificante. Era un mensaje en un idioma que no comprendíamos, pero cuya intención hostil o, como mínimo, vigilante, se sentía en cada fibra de mi ser. La casa de Bob, que durante tanto tiempo había sido mi refugio de la locura de mi propia familia, se estaba transformando ante mis ojos en un laberinto de amenazas, tan opresiva y extraña como la mía, si no más.

Nos quedamos inmóviles, conteniendo la respiración, cada uno esperando que el otro tomara la iniciativa. El silencio del pasillo era tan denso que casi podía masticarse, un silencio preñado de preguntas sin respuesta y de un terror que crecía con cada segundo. Miré a Bob. Su rostro, a la escasa luz, era una máscara de pavor,

sus ojos fijos en la rendija de la puerta como si esperara que alguna criatura de pesadilla emergiera de ella. Su miedo era comprensible; era su casa, su familia la que estaba potencialmente en el epicentro de esta nueva extrañeza. La mía, al menos, era predecible en su caos.

Con un esfuerzo que me pareció sobrehumano, reuní el valor suficiente para dar un paso. Luego otro. Los protocolos que Melvin y yo habíamos perfeccionado para movernos sin ser detectados en nuestra propia casa -pasos sigilosos, evaluación constante del entorno, escucha atenta de cualquier sonido anómalo- se activaron casi por instinto, aunque la situación aquí era infinitamente más grave que evitar a mi madre en uno de sus arrebatos. Bob me siguió, sus movimientos rígidos, sus ojos sin apartarse de la puerta.

Llegamos frente a la rendija. El roce suave continuaba, intermitente, como el respirar dificultoso de un animal grande o el funcionamiento de algún mecanismo delicado y oculto. Agucé el oído, intentando discernir algún patrón, alguna pista. Nada. Solo ese sonido que erizaba el vello de la nuca y helaba la sangre.

Con un gesto mudo, le indiqué a Bob que se quedara atrás. Me incliné lentamente, con una cautela infinita, y pegué el ojo a la estrecha abertura. La oscuridad al otro lado era casi total, pero después de unos segundos, mis pupilas comenzaron a dilatarse, adaptándose a la penumbra. Lo que vi, o creí ver, no hizo más que aumentar mi confusión y mi miedo. La habitación parecía estar en un desorden caótico, muy diferente al almacén de trastos que Bob había descrito. Sombras angulosas se proyectaban sobre las paredes, muebles volcados o cubiertos con sábanas, y en el centro... en el centro de la habitación, me pareció distinguir una forma indefinida, algo que se movía ligeramente al compás del sonido rítmico. No pude identificar qué

era. ¿Una persona? ¿Un objeto? La luz era demasiado escasa, las sombras demasiado engañosas.

Y entonces, la forma se movió de nuevo, esta vez de manera más perceptible, y el roce se detuvo. Un silencio absoluto cayó sobre la habitación, un silencio que gritaba peligro. Me aparté de la rendija de golpe, el corazón latiéndome en la garganta.

—Algo... algo se mueve ahí dentro —susurré, mi voz apenas un hilo—. No sé qué es.

Bob me miró, sus ojos desorbitados. —¿Qué hacemos?

La pregunta quedó flotando en el aire. La casa, que hasta hacía poco nos había parecido un simple contenedor de secretos arquitectónicos, ahora se sentía como una entidad viva, consciente, que jugaba con nosotros, que nos observaba y reaccionaba a nuestra presencia. El estruendo, el sonido rítmico, la figura en la oscuridad... todo parecía parte de un plan mayor, una advertencia o una trampa.

II. Confidencias en la Penumbra

Decidimos retroceder. La idea de abrir la puerta y enfrentarnos a lo desconocido que se ocultaba en esa habitación, con la posibilidad de que mis padres estuvieran en algún lugar de la casa, ajenos o quizás implicados, era demasiado arriesgada. Nos deslizamos de nuevo por el pasillo, esta vez hacia la habitación de Bob, que se sentía como el único bastión de relativa normalidad en medio de la creciente locura.

Una vez dentro, con la puerta cerrada, Bob se dejó caer sobre la cama, su rostro pálido y sus manos temblorosas. Yo me quedé de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle, hacia la normalidad aparente del mundo exterior, que ahora parecía pertenecer a otra dimensión.

—Esto... esto no tiene sentido, Kurt —dijo Bob, su voz quebrada—. Primero la trampilla, los engranajes, la luz... ahora esto. ¿Qué está pasando en mi casa?

Me encogí de hombros, aunque sentía un peso enorme sobre ellos. —No lo sé, Bob. Pero está claro que no son cosas aisladas.

Comenzamos a hablar, nuestras voces apenas susurros, como si temiéramos que las propias paredes tuvieran oídos —una paranoia que, en este pueblo, y especialmente en esta casa, ya no me parecía tan descabellada—. Le conté lo poco que había podido ver a través de la rendija: el desorden, las sombras, la forma indefinida que se movía. Bob escuchaba en silencio, su expresión una mezcla de terror y una creciente, sombría determinación. El Bob que tenía delante ya no era el mismo que, hacía unos días, se asustaba ante la simple idea de los «bichos negros» de *Alien* o que huía de las teorías de Terry por considerarlas demasiado perturbadoras. La implicación de su padre en el secreto de la trampilla, la sensación de que su hogar estaba construido sobre una mentira, lo había cambiado profundamente. Su miedo seguía ahí, palpable, pero ahora estaba mezclado con una necesidad imperiosa de respuestas, una urgencia que yo reconocía bien.

—Mi padre... —murmuró Bob, sus ojos fijos en un punto invisible de la pared—. Él tiene que saber algo de esto. No puede ser que todo esto ocurra en su casa y él no...

—Lo de la trampilla lo sabía y lo ocultó —le recordé con suavidad, aunque la palabra «ocultó» sonara demasiado benévola para la magnitud de la revelación de los planos—. Esto... esto podría ser diferente. O podría estar conectado.

La conversación derivó inevitablemente hacia la única persona que, en este pueblo de mentes

estrechas y observadores compulsivos, podría ofrecernos alguna perspectiva, alguna luz en esta oscuridad creciente: Terry Newman.

—Tenemos que hablar con Terry —dije finalmente, la idea formándose en mi mente como la única salida lógica, o al menos, la única que se nos ofrecía—. Él... él ve cosas que nosotros no vemos. Entiende este tipo de... rarezas.

Bob frunció el ceño. Recordé su aversión visceral después de su única visita a casa de Terry, el horror que le habían producido las fotografías de animales muertos que Terry guardaba como parte de sus «investigaciones». «Ese tipo me da escalofríos», había dicho entonces.

—No sé, Kurt —respondió, su voz teñida de duda—. Terry y sus... sus cosas. Pero... —hizo una pausa, y vi en sus ojos la lucha interna entre su aprensión y la desesperada necesidad de ayuda—. Tienes razón. En este punto... sus locuras podrían ser útiles. Más que útiles, necesarias.

La decisión estaba tomada. La gravedad de la situación, el miedo tangible que ahora impregnaba cada rincón de la casa de Bob, había superado su reticencia. Terry, el «El-sin-remedio», el «Astro-esquizo», se había convertido en nuestra única esperanza, nuestro oráculo en un mundo que se desmoronaba.

III. El Oráculo de los Ruidos y Sombras

Salir de la casa de Bob y dirigirnos a la de Terry fue como atravesar un campo de minas emocional. Cada sombra en la calle parecía albergar una amenaza, cada cortina que se movía en una ventana vecina era un ojo que nos espiaba. Mi paranoia, alimentada por los recientes acontecimientos y por la conversación que habíamos oído en el sótano sobre «luces... hasta bien tarde», estaba en su punto álgido. Me pregunté si la figura solitaria que había visto la noche anterior bajo la farola

estaría de nuevo en algún rincón oscuro, observando nuestros movimientos, registrando nuestra desesperada búsqueda de respuestas. Este pueblo, con su red de vigilancia «eficiente, por no decir profesional», como la había descrito Terry, ya no se sentía solo como un lugar de chismorreos inofensivos; se estaba convirtiendo en una prisión invisible cuyas paredes eran las miradas de sus habitantes.

Llegamos a la casa de Terry. Ejecutamos los protocolos habituales: dos golpes secos y espaciados en la ventana del lavadero que daba a su jardín, seguidos de la actuación teatral de Terry maldiciendo a un supuesto gato callejero para despistar a la omnipresente señora Cole o a cualquier otro vecino curioso. Una vez dentro, el aroma familiar del té indio y el desorden creativo del desván de Terry -sus telescopios caseros apuntando como cañones hacia el exterior, los tableros de corcho repletos de fotografías extrañas, diagramas incomprensibles y notas crípticas, los libros en idiomas desconocidos apilados en precario equilibrio- nos envolvieron como un manto de extraña seguridad. Era un caos, sí, pero un caos con un propósito, un santuario para las mentes que se atrevían a mirar más allá de lo evidente.

Le contamos todo, con pelos y señales. El estruendo en casa de Bob, el roce rítmico en el cuarto de invitados, lo poco que había podido atisbar por la rendija. Conectamos este nuevo suceso con el misterio de la trampilla, con la revelación de los planos antiguos y el «antiguo acceso mampostería», y con la dolorosa certeza de que el padre de Bob no solo conocía su existencia, sino que la había ocultado deliberadamente. Bob, aunque más callado que yo, transmitía con su sola presencia la gravedad de la situación, el peso del miedo y la traición que lo embargaban.

Terry escuchó con una concentración absoluta, sus ojos grises brillando con una intensidad que me resultaba a la vez inquietante y reconfortante. Tomaba notas rápidas en una de sus libretas negras, pequeños garabatos que solo él podría descifrar. Cuando terminamos, un silencio denso llenó el desván, solo roto por el suave hervor del agua para el té en el pequeño hornillo eléctrico que había instalado en un rincón.

—Engranajes... un sonido de elaboración —murmuró finalmente, más para sí mismo que para nosotros, su voz cargada de una profunda reflexión—. Y ahora, un roce rítmico. Interesante. Muy, muy interesante. Los «ruidos sin importancia» a menudo son la clave, Kurt. Son la firma de los mecanismos ocultos, de las presencias que no quieren ser descubiertas pero que no pueden evitar dejar un rastro sonoro.

Se levantó y caminó hacia uno de sus tableros de corcho, donde tenía una serie de fotografías de sombras. —«La sombra es algo más que la prueba de nuestra tercera dimensión, en el haber de la sombra están las demás dimensiones» —recitó, como un mantra—. Este nuevo suceso en el despacho, o cuarto de invitados, de tu casa, Bob, no es independiente de la trampa. Son dos manifestaciones del mismo... pliegue. Un pliegue en la realidad de este pueblo, una historia subterránea que la «reconstrucción» intentó sepultar.

Terry nos habló de la luz blanca que habíamos visto en la trampa, comparándola con los informes de experiencias cercanas a la muerte o los relatos de abducidos, aunque rápidamente desechó esas ideas como demasiado fantasiosas por el momento. Se centró en los sonidos.

—El sonido de los engranajes de la trampa no es «sin importancia» —afirmó, mirándonos fijamente—. Es el sonido de un mecanismo deliberado, antiguo

quizás, pero funcional. ¿Qué función tiene? ¿Abrir un simple pasaje? ¿O activar algo más? Y este nuevo roce rítmico... podría ser cualquier cosa. Desde un animal atrapado hasta un dispositivo mecánico en funcionamiento, o incluso... algo menos convencional.

Sobre la implicación del padre de Bob, Terry se mostró cauto. —Un hombre que construye y reconstruye —dijo, pensativo—. ¿Qué sabe él? ¿Es un guardián del secreto, o simplemente otro ignorante que vive sobre una bomba de relojería, como dije antes? La ocultación de los planos es significativa. Sugiere conocimiento, y el conocimiento, muchachos, a menudo implica responsabilidad... o miedo.

Nos advirtió sobre la vigilancia intensificada. —Habéis tocado algo sensible —repitió, sus palabras de la conversación anterior resonando con nueva fuerza—. La figura que te observó, Kurt, y el hecho de que vuestra actividad en el sótano fuera detectada... ya no sois solo «muchachos tramando alguna travesura». Sois una variable que ha entrado en una ecuación que desconocéis, y eso os convierte en un objetivo.

Su consejo fue claro: necesitábamos más datos, pero también más cautela. —Ese cuarto de invitados... o despacho... hay que investigarlo, pero no a ciegas. ¿Hay alguna forma de observar sin entrar? ¿Alguna otra rendija, alguna ventana, por pequeña que sea? Y la trampilla... sigue siendo la clave principal. El «antiguo acceso mampostería» sugiere una historia que se remonta mucho más atrás que la propia casa de Bob.

Nos ofreció una taza de su té exótico, cuyo sabor intenso y especiado parecía agudizar los sentidos. Su desván, con sus mapas estelares, sus tratados de botánica y sus artefactos extraños, se sentía como el centro de un universo alternativo, el

único lugar donde nuestras experiencias podían ser tomadas en serio.

IV. Pacto Renovado

Salimos de casa de Terry con la cabeza bullendo de teorías, cada una más inquietante que la anterior, y el estómago revuelto por una mezcla de té fuerte y una creciente aprensión. Las palabras de Terry, lejos de tranquilizarnos, habían abierto nuevas simas de incertidumbre, pero también habían validado nuestros miedos y, extrañamente, nos habían infundido una nueva determinación. Ya no estábamos solos en nuestra locura; teníamos un guía, aunque fuera uno tan peculiar como Terry.

Mientras caminábamos de regreso, el silencio entre Bob y yo era diferente al de antes. Ya no era solo el silencio del miedo, sino también el de la reflexión compartida, el de dos soldados que acaban de recibir órdenes para una misión peligrosa. El mundo exterior, las calles de nuestro pueblo, parecían haber cambiado. Cada detalle, cada sombra, cada sonido, estaba ahora cargado de un posible significado oculto.

Nos detuvimos en el pequeño parque que había a medio camino entre nuestras casas, un lugar neutral, lejos de las paredes que escuchaban. Nos sentamos en un banco viejo, bajo la sombra de un roble anciano.

—Tiene razón, ¿verdad? —dijo Bob finalmente, rompiendo el silencio. Su voz era queda, pero firme—. Todo está conectado. La trampilla, lo de hoy en el despacho... y mi padre está en medio de todo.

Asentí. —Y nosotros también. Ya no podemos dar marcha atrás, Bob.

Nos miramos. En sus ojos vi el mismo miedo que sentía yo, pero también vi esa nueva resolución que había nacido de la traición y la necesidad de

verdad. El miedo compartido, lejos de separarnos, nos había unido de una forma que nunca antes había experimentado. Nuestra amistad, forjada en partidas de ajedrez interminables, en escapadas de nuestras respectivas familias y en el amor platónico no correspondido que yo sentía por su hermana, estaba ahora siendo templada en el fuego de un misterio que amenazaba con consumirnos. Era una prueba, y sentí con una certeza absoluta que la superaríamos juntos.

—No quiero enfrentarme a esto solo, Kurt —confesó Bob, y en su voz había una vulnerabilidad que me conmovió profundamente. Recordé cómo me había pedido que me quedara a dormir en su casa porque tenía miedo de la trampilla, y cómo yo mismo me había sentido aliviado de no estar solo con mis pensamientos sobre ella.

—No lo harás —le aseguré, y en ese momento, sentí que nuestra amistad se elevaba a un nuevo nivel. Ya no éramos solo dos chicos que pasaban el rato; éramos compañeros de armas en una guerra no declarada contra secretos que apenas comenzábamos a comprender—. Estamos juntos en esto, hasta el final.

Una extraña calma se instaló entre nosotros, la calma que precede a la tormenta, quizás, pero también la calma de saber que no estás solo. Los misterios seguían ahí, más grandes y amenazantes que nunca: la trampilla y su «antiguo acceso mampostería», el enigma del pasadizo y la luz blanca, y ahora, el nuevo suceso en el despacho de la casa de Bob, el estruendo y el roce rítmico. Nada estaba resuelto. Pero habíamos renovado nuestro pacto. Seguiríamos adelante, juntos. Ese era nuestro pequeño «final feliz» en medio de la creciente oscuridad.

V. El Regreso de los Guardianes

Regresamos a casa de Bob, la tensión palpable en el aire. Decidimos que, por el momento, no intentaríamos nada más en el despacho. Necesitábamos pensar, procesar la información de Terry, y sobre todo, esperar una oportunidad más segura. Quizás intentaríamos observar desde el exterior, como había sugerido Terry, aunque las posibilidades eran escasas.

Estábamos en su habitación, discutiendo en voz baja posibles estrategias, cuando oímos el sonido inconfundible del coche de sus padres aparcando en la entrada. Un instante después, la puerta principal se abrió y oímos sus voces. Robert y Fiona habían vuelto.

La reacción de Bob fue inmediata. Un respingo, una mirada de pánico hacia la puerta de su habitación, y luego una rápida transformación de «investigador de lo oculto» a «hijo adolescente». Cualquier rastro de nuestra conversación, cualquier objeto que pudiera delatarnos -aunque no teníamos ninguno visible-, pareció desvanecerse de su mente, reemplazado por la necesidad de aparentar normalidad.

Yo también sentí una punzada de ansiedad. Ahora que sabía, o al menos sospechaba fuertemente, la implicación de Robert en la ocultación de la trampa, su presencia adquiriría una nueva dimensión. Ya no era solo el padre arquitecto y algo despistado de mi mejor amigo; era una pieza clave en el enigma, un guardián de secretos, quizás incluso una amenaza. Observaría cada uno de sus gestos, cada palabra, buscando alguna señal, alguna fisura en su fachada de normalidad. Fiona, su madre, con su aire artístico y su aparente despreocupación, seguía siendo una incógnita. ¿Cuánto sabía ella? ¿O era, como nosotros hasta hacía poco, una ignorante de las verdades que se ocultaban bajo su propio techo?

Bob abrió la puerta de su habitación justo cuando su madre llamaba desde el pasillo.

—¿Bob? ¿Kurt? ¿Estáis ahí? ¡La cena está casi lista!

Salimos. Robert estaba en el salón, leyendo el periódico, o al menos fingiendo leerlo. Levantó la vista cuando aparecimos y nos dedicó una sonrisa afable, la misma de siempre.

—Hola, muchachos. ¿Qué tal el día? ¿Resolviendo los misterios del universo? —dijo, y sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Era una simple broma, o había un doble sentido en sus palabras, una velada advertencia?

—Solo pasando el rato, señor Robert —respondí, intentando que mi voz sonara lo más natural posible.

La cena fue una tortura de normalidad forzada. Bob apenas probó bocado, respondiendo con monosílabos a las preguntas de su madre sobre su día. Yo intenté mantener una conversación trivial, pero sentía la mirada de Robert sobre mí de vez en cuando, una mirada que me resultaba difícil de interpretar. ¿Sospecha? ¿Cansancio? ¿O simple curiosidad paternal?

Finalmente, llegó la hora de marcharme. La estúpida norma de la cena en mi casa, esa que mi madre se tomaba tan en serio, me obligaba a volver. Me despedí de Fiona y Robert, y Bob me acompañó hasta la puerta.

—Mañana... —empezó a decir, pero lo interrumpí con un gesto.

—Mañana hablamos —le dije en voz baja, una promesa cargada de significado.

Salí a la noche. La calle estaba silenciosa, las farolas proyectando largas sombras danzantes. Mientras me alejaba de la casa de Bob, no pude

evitar mirar hacia atrás. La luz del salón se veía cálida y acogedora, una imagen de perfecta felicidad doméstica. Pero yo sabía lo que se ocultaba bajo esa fachada, en la penumbra del sótano y en las habitaciones silenciosas del primer piso. Y supe, con una certeza helada, que nuestra investigación apenas había comenzado. El laberinto de susurros y sombras de este pueblo era mucho más profundo y enrevesado de lo que jamás hubiéramos imaginado, y nosotros estábamos, nos gustara o no, atrapados en su centro. La pregunta ya no era solo qué escondía el padre de Bob, sino qué otros secretos, qué otras fuerzas, movían los hilos en la oscuridad de nuestro pequeño y perdido pueblo.